

TOM SAWYER, DETECTIVE

Mark Twain



La historia trata sobre el robo de unos diamantes en San Luis por valor de doce mil dólares. Se ofrecen dos mil dólares de recompensa a quienes consiga facilitar alguna pista para dar con los ladrones. En medio de esta confusión, aparece un hombre muerto que parece guardar relación con el robo y un fantasma que hace presencia en la historia, para dar mayor misterio al tema. Cuando creen haber dado con el autor del crimen, Tom hace uso de su inteligencia para desenmascarar al verdadero culpable y, solucionando, de paso, el caso de los diamantes...

En esta obra, llena de humor e influida por las novelas de Conan Doyle, el joven Tom —cual Sherlock Holmes— intenta resolver un misterioso asesinato y tendrá como su auxiliar a Huckleberry, que remeda a Watson.

La presente obra es traducción directa e íntegra del original en lengua inglesa:

Tom Sawyer, Detective, publicado por primera vez en *Harper's New Monthly Magazine* entre agosto y septiembre de 1896. La traducción se ha realizado sobre la edición fijada por Terry Firkins, Universidad de California, 1982.

Capítulo 1

BUENO, estábamos en la primavera siguiente a la época en que Tom y yo liberamos a nuestro viejo negro Jim, que, como esclavo desertor, se hallaba encadenado en la granja que tenía Silas, el tío de Tom, en Arkansaw. La escarcha se estaba despejando del suelo y del ambiente también, y el tiempo de andar con los pies descalzos todo el día estaba cada vez más próximo; luego llegaría la época de jugar a las canicas, más tarde la del *Mumbletypeg*^[1], en seguida la de las peonzas y los aros, luego seguiría la de las cometas, y en seguida llegaría el verano y podríamos ir a nadar. El hecho de mirar hacia adelante de ese modo y darse cuenta de lo lejos que todavía está el verano, hace que a un niño le entre la morriña. Sí, le hace suspirar y andar triste por ahí, algo le pasa y no sabe qué es. Pero, de cualquier manera, sale, taciturno y pensativo, y busca un lugar un poco solitario, allá arriba en la colina, a la orilla de un bosque, y allí se queda, mirando hacia el gran Misisipi que corre por debajo, alcanzando parajes donde los árboles parecen nebulosos y oscuros, de tan lejanos y sosegados; todo parece tan solemne, como si todos los que hemos amado se hubiesen ido, y tu mayor deseo fuera estar muerto, y desaparecido también, y así acabar con todo.

¿Es que no sabéis lo que es eso? Es la fiebre de primavera. Así es como se llama. Y, cuando la tienes, quieres..., ¡oh, no sabéis bien lo que quieres!, pero te ocasiona un gran dolor del corazón. ¡Lo deseas tanto! Diríase que lo que principalmente deseas es escapar; huir de las mismas

viejas y tediosas cosas a las que estás acostumbrado y estás cansado de mirar, y ver algo nuevo. Ésa es la idea; quieres irte y convertirte en trotamundos; quieres marcharte a países extraños, donde todo es misterioso, maravilloso y romántico. Y, si no puedes hacer eso, te conformarás con muchísimo menos; con tal de irte, irás donde *puedas*, y también agradecerás esa oportunidad.

Bueno, pues Tom Sawyer y yo teníamos la fiebre de la primavera, y nos había dado bastante fuerte incluso; pero no tenía ningún sentido pensar en que Tom intentara marcharse, pues, según había dicho, su tía Polly no le permitiría dejar el colegio para andar todo el verano perdiendo el tiempo de acá para allá, así que andábamos bastante tristes. Un día, al ponerse el sol, nos hallábamos sentados en los escalones del frente de la casa, hablando de este modo, cuando salió su tía Polly con una carta en la mano y dijo:

—Tom, creo que vas a tener que hacer las maletas y marcharte a Arkansaw. Tu tía Sally te necesita.

Casi me muero de alegría. Creí que Tom iba a volar hasta donde estaba su tía y arrancarle la cabeza de un abrazo; pero, creedme, permaneció sentado allí como una roca y no dijo una sola palabra. Me dieron ganas de ponerme a llorar viéndole actuar tan tontamente, cuando se presentaba tan majestuosa oportunidad ante nosotros. De hecho, podríamos llegar a perderla si Tom no demostraba que era agradecido y considerado. Pero él se quedó allí sentado, pensando y pensando, hasta que me sentí tan consternado que ya no sabía qué hacer; entonces dijo, muy tranquilo..., y yo es que le habría matado por ello:

—Bueno —dijo— lo siento muchísimo, tía Polly, pero creo que tendrán que disculparme... de momento.

La tía Polly se quedó tan atontada y furiosa por el descaro y la frialdad del comentario, que no pudo pronunciar palabra por espacio de medio minuto por lo menos, y esto me dio la oportunidad de dar un codazo a Tom y susurrarle:

—¿Eres tonto o qué? ¿Despreciar una oportunidad tan buena como ésta y arrojarla a la basura?

Pero él ni siquiera se inmutó. Me respondió farfullando:

—Huck Finn, ¿quieres que ella se dé cuenta de que estoy loco por irme? Empezará a dudar en seguida, y a imaginar un montón de enfermedades y peligros y objeciones, y sabes mejor que nadie que retirará lo dicho. Tú déjame a mí, que yo creo que sé cómo tratarla.

Nunca se me hubiera ocurrido, pero tenía razón. Tom Sawyer siempre tiene razón..., la cabeza más equilibrada que haya visto jamás, siempre dueño de sí y dispuesto a cualquier cosa que pudiera sucederle de golpe y porrazo. Pero esta vez, su tía Polly tenía las ideas claras y arremetió de nuevo. Dijo:

—¡Serás disculpado! ¡Lo serás! ¡Es increíble, nunca había oído nada parecido en toda mi vida! ¡Cómo te atreves a hablarme así a *mí*! Vete de aquí ahora mismo y lía tus bártulos; y como vuelva a oírte decir otra palabra sobre que hablará que disculparte ni disculparte, *seguro* que te disculparé... ¡con una palmeta!

Le dio un capón en la cabeza con el dedal mientras nos escurríamos, y él fingió estar gimoteando mientras íbamos subiendo las escaleras. Una vez arriba, en su habitación, me dio un abrazo, estaba loco de alegría porque se marchaba de viaje. Y me dijo:

—Antes de que irnos, ella desearía no haberme dejado marcharme, pero para entonces no hallará ningún modo de evitarlo. Después de lo que ha dicho, su orgullo no le permitirá volverse atrás.

Tom hizo su equipaje en diez minutos. Metió todo, menos lo que su tía y Mary le habían preparado; entonces esperamos diez minutos más para que ella se calmara y estuviese dulce y amable de nuevo; pues Tom decía que, en los momentos en que la mitad de sus plumas estaban erizadas, le llevaba diez minutos serenarse, pero veinte cuando estaban todas completamente tiasas y erguidas. Luego baja-

mos, pues estábamos muy preocupados por saber lo que decía la carta.



Creo que tendrán que disculparme...

Estaba sentada allí, absorta en sus pensamientos, con la carta sobre su regazo. Nosotros nos sentamos, y ella nos dijo:

—Tienen bastantes problemas por allá, y creen que tú y Huck seríais un buen motivo de diversión para ellos..., *de consuelo*, dicen. Me parece que eso es lo que obtendrán

de vosotros. Hay un vecino llamado Brace Dunlap, que ha estado deseando casarse con su Benny durante tres meses y, al final, le dijeron sin rodeos y de una vez por todas que no *podría* casarse con ella; así que él se ha avinagrado mucho con ellos, y han empezado a preocuparse. Me parece que es una persona con la que es mejor llevarse bien, pues han intentado complacerle empleando al inepto de su hermano para ayudar en la granja, cuando apenas pueden pagarle, y no le necesitan allí para nada. ¿Quiénes son los Dunlap?

—Viven a cerca de kilómetro y medio de la casa del tío Silas, tía Polly. Por allá todos los granjeros viven separados por un kilómetro y medio. Y Brace Dunlap es muchísimo más rico que los otros, y posee una porrada de negros. Es un viudo autoritario de treinta y seis años, no tiene niños, y está orgulloso de sus riquezas. Todo el mundo le tiene un poquitín de miedo, y se ponen a trabajar en serio para él, intentando seguir congraciándose con su lado bueno. A mi juicio, creyó que podría tener cualquier muchacha que quisiera con sólo pedirlo, y debió de sufrir un gran revés cuando se dio cuenta de que no podía conseguir a Benny. Es que Benny tiene la mitad de los años que Brace, y además es tan dulce y encantadora como..., bueno, ya la habéis visto. Pobre tío Silas..., pues es una lástima que tenga que estar intentando congraciarse de esa manera... ¡Tan pobre y con tantos apuros, y aun así, empleando a ese inútil de Júpiter Dunlap para complacer al malas pulgas de su hermano!

—¡Vaya un nombre, Júpiter! ¿De dónde lo ha sacado?

—Es sólo un apodo. Me parece que han olvidado su nombre verdadero hace mucho tiempo. Tiene ahora veintisiete años, y lo lleva desde la primera vez que fue a nadar en su vida. Cuando estaba desnudo, el profesor de la escuela le vio un lunar redondo y marrón, del tamaño de una moneda de diez centavos, en su pierna izquierda, por encima de la rodilla, y cuatro lunarcitos más pequeños a su alre-

dedor, y dijo que aquello le recordaba a Júpiter y sus lunas; y los niños lo encontraron gracioso, así que empezaron a llamarle Júpiter, y aún le llaman de ese modo. Es alto, perezoso y ladino. También bastante cobarde y cuco, pero es un muchacho bueno por naturaleza, lleva cabellos largos y no tiene barba; tampoco tiene un centavo. Brace le hospeda por nada, y le da sus viejas ropas para vestirse, y también le desprecia. Júpiter es mellizo.

—¿Qué aspecto tiene el otro mellizo?

—Es exactamente igual a Júpiter..., eso dicen. O solía serlo; de todos modos nadie lo ha visto desde hace siete años. Se puso a robar cuando tenía diecinueve o veinte años, y lo encarcelaron; pero se escapó de la cárcel y huyó... hacia aquí, hacia el Norte, según parece. Dicen que había noticias de que andaba robando y atracando de vez en cuando, pero eso sucedió hace muchos años. Ya ha muerto. Al menos eso cuentan. Nadie ha vuelto a oír hablar más de él.

—¿Cómo se llamaba?

—Jake.

No dijimos nada más durante un buen rato; la vieja dama se quedó pensando. Por fin dijo:

—Lo que más preocupa a tu tía Sally es el malhumor que provoca en tu tío.

Tom estaba atónito, y yo también. Tom dijo entonces:

—¿Mal humor? ¿El tío Silas? Eso estaría bueno. ¡Debe de estar de broma! No sabía yo que tuviese *humor* de ninguna clase.

—Le ocasiona tremendos arranques de furia, dice tu tía Sally; dice que a veces actúa como si fuese en verdad a pegar al hombre.

—Tía Polly, eso es lo más increíble que he oído en mi vida. Pero si es más dulce que una papilla.

—Bueno, pues de todas maneras ella está preocupada. Dice que tu tío Silas parece otro hombre a causa de todos estos altercados. Y los vecinos hablan de ello, y le echan to-

da la culpa a tu tío, por supuesto, porque él es un predicador y sus asuntos no incluyen las peleas. Tu tía Sally dice que detesta subirse al púlpito pues está muy avergonzado; y la gente ha empezado a sentir indiferencia con respecto a él, y ya no es tan popular como solía ser.

—Bueno, pues ¿no resulta extraño, tía Polly? Porque era siempre tan bueno y amable y bobo y despistado y simplón y encantador... Bueno, ¡era un verdadero ángel! ¿Qué cree usted que pueda estarle pasando?

Capítulo 2

TUVIMOS una buena suerte descomunal, porque se nos presentó la oportunidad a bordo de un vapor de ruedas que venía del Norte con destino a uno de los pantanos o ríos de mala muerte camino de Louisiana, así que pudimos bajar todo el trayecto del alto Misisipi, y luego todo el camino del bajo Misisipi, hasta la granja de Arkansaw, sin tener que cambiar de vapor en St. Louis: poco nos faltó para recorrer unos mil seiscientos kilómetros de un solo tirón.

Un barco bastante solitario; no había más que unos pocos pasajeros, todos viejos amigos, que se sentaban reunidos, a mucha distancia, dando cabezadas y muy silenciosos. Tardamos cuatro días en salir del «alto río», porque encallábamos demasiado. Pero no fue nada aburrido. Por supuesto no podía serlo para unos muchachos que estaban de viaje.

Desde el primer momento, Tom y yo nos dimos cuenta de que había alguien enfermo en el camarote contiguo al nuestro, porque los camareros siempre llevaban allí dentro las comidas. De cuando en cuando preguntábamos por aquello —Tom lo hacía— y el camarero decía que se trataba de un hombre, pero que no parecía enfermo.

—Bueno, pero ¿no está enfermo?

—No lo sé; puede que sí, pero a mí me parece que sólo está fingiendo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues porque, si estuviera enfermo, se quitaría las ropas en algún momento u otro, ¿no crees que lo haría? Bue-

no, pues éste no lo hace. Al menos, nunca se quita las botas.

—¡Vaya pícaro! ¿Ni siquiera para irse a la cama?

—No.

Tom Sawyer era siempre un forofo de los misterios. Si pusierais un misterio y un pastel delante de Tom y de mí, no tendríais que habernos dicho que escogiéramos: sería algo que se regularía por sí mismo. Porque, por naturaleza, yo habría ido corriendo hacia el pastel, en tanto que, también por naturaleza, Tom habría corrido siempre hacia el misterio. Las personas están creadas diferentes. Y ésa es la mejor manera de hacerlo. Tom dijo al camarero:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Phillips.

—¿En dónde se embarcó?

—Creo que lo hizo en Alexandria, un poco más allá del límite de Iowa.

—¿Por qué crees que está fingiendo?

—No tengo ni idea..., no me he parado a pensarlo.

Aquí tenemos a otro que corre a por el pastel, me dije a mí mismo.

—¿Hay algo peculiar en él? ¿Su forma de actuar o su modo de hablar?

—No, nada, salvo que parece muy miedoso, y mantiene sus puertas con cerrojos noche y día, y, cuando llamas, no te deja entrar hasta que por una rendija pueda ver quién es.

—¡Recórcholis! Es interesante. Tengo que echarle un vistazo. ¡Eh! La próxima vez que entres allí, ¿no crees que podrías abrir un poco más la puerta y...?

—¡Claro que no! Siempre está detrás de ella. Nos impediría seguir con el juego.

Tom se quedó pensando en el asunto y entonces dijo:

—Escucha un momento. Préstame tu delantal y déjame llevarle el desayuno mañana. Te daré un cuarto de dólar.

El muchacho accedió de muy buena gana, siempre que al camarero principal no le importase. Tom dijo que le parecía bien, ya que creía que podría ponerse de acuerdo con el principal, y así fue. Lo arregló de tal manera que ambos pudimos entrar vestidos con nuestros delantales llevando la comida.

Tom no durmió demasiado: estaba muy intrigado con entrar allí y descubrir el misterio de Phillips; más aún, estuvo toda la noche haciendo un sinfín de conjeturas sobre el asunto, que no sirvieron para nada, pues, si uno va a descubrir los hechos sobre algo, ¿qué sentido tiene adivinar los hechos y desperdiciar munición? Yo no perdí el sueño. Me importa un rábano lo que pase con Phillips, me dije a mí mismo.

Bueno, pues a la mañana siguiente, nos pusimos nuestros delantales y cogimos un par de bandejas y un carrito, y Tom llamó a la puerta. El hombre abrió sólo una rendija, y luego nos dejó entrar al camarote y cerró la puerta tras de sí rápidamente. ¡Por Jackson! Cuando le vimos, ¡por poco se nos caen las bandejas! Y Tom exclamó:

—¡Vaya! Júpiter Dunlap, ¿de dónde viene?

Bueno, el hombre estaba perplejo, por supuesto; y, en un primer momento, pareció no saber si asustarse, alegrarse, o ambas cosas a la vez, o ninguna de las dos, pero por fin decidió alegrarse; luego le volvieron los colores, pues al principio el rostro se le había puesto bastante pálido. Así que seguimos hablando todos mientras él tomaba el desayuno. Y el hombre dijo:

—Pero yo no soy Júpiter Dunlap. En seguida os contaré quién soy, si me juráis no decir ni pío, pues tampoco soy Phillips.

Tom le respondió:

—No diremos ni pío, pero no tiene necesidad de contarnos quién es si no es Júpiter Dunlap.

—¿Por qué?

—Porque, si usted no es él, entonces es Jake, el otro mellizo. Es la viva imagen de Júpiter.

—Bueno, soy Jake. Pero, oídmeme un momento, ¿cómo es que nos conocéis a nosotros, los Dunlap?

Tom le contó las aventuras que nos habían ocurrido allá en la granja de su tío Silas, durante el pasado verano; y, cuando se dio cuenta de que no había nada que no supiéramos de su familia —o de él mismo, llegado el caso—, se mostró más abierto, y continuó hablando con toda libertad y candidez. No nos ocultó nada acerca de su propio caso; dijo que había tenido muy mala suerte, que aún continuaba teniéndola y que le parecía que seguiría teniendo flor de mala suerte hasta el final. Dijo que claro que le parecía que era una vida un poco peligrosa, y...

Hizo una especie de exclamación e inclinó la cabeza, como una persona que escucha. No dijimos nada, así que, durante un segundo o así, todo permaneció muy silencioso y luego no hubo más sonidos, salvo el crujido del maderamen y el resoplido de la maquinaria de abajo.

Luego lo tuvimos poniéndose cómodo de nuevo, contándole cosas de su familia, de cómo la esposa de Brace había muerto hacía tres años, y Brace deseaba casarse con Benny, y ella le rechazó, y Júpiter estaba trabajando para el tío Silas, y él y el tío estaban peleándose todo el tiempo... Entonces se relajó y se echó a reír.

—¡Demonios! —exclamó—. Este chismorreo es como estar otra vez en los viejos tiempos, y me hace bien. Hace más de siete años que no oigo algo como esto. ¿Cómo hablan de mí ahora?

—¿Quiénes?

—Los granjeros... y la familia.

—Pues, no hablan de usted en absoluto... Sólo le elogiaron una vez, hace ya mucho tiempo.

—¡Diablos! —dijo, sorprendido—. ¿Y eso por qué?

—Porque piensan que hace mucho tiempo que está usted muerto.

—¡No! ¿Hablas en serio?... Una reputación brillante, ahora...

Dio un brinco de excitación.

—Una reputación brillante. No hay nadie que piense que está usted vivo.

—Entonces, estoy salvado... Estoy salvado, ¡seguro! Iré a casa. Ellos me esconderán y me salvarán la vida. Vosotros no digáis ni pío. Juradme que no diréis ni pío..., jurad que nunca, nunca hablaréis de mí. ¡Oh, muchachos, sed buenos con este pobre diablo que ha sido perseguido noche y día, y no da la cara! Nunca os he hecho ningún daño..., nunca os haré nada. ¡Por el Dios que está en los cielos..., jurad que seréis buenos conmigo y me ayudaréis a salvar la vida!

Habríamos jurado aunque hubiese sido un perro; y así lo hicimos. Bueno, no podría habernos querido más o habérnoslo agradecido más el pobre tipo; era todo lo que podía hacer para no comenzar a abrazarnos.

Seguimos hablando, sacó un pequeño bolso de mano y se puso a abrirlo, e indicó que nos diéramos la vuelta. Lo hicimos, y cuando nos dijo que nos volviéramos de nuevo, tenía un aspecto completamente diferente al que había tenido antes.